

art buchwald

UNA MISION MARAVILLOSA

WASHINGTON.—Comandante, tenemos una misión maravillosa para usted.

—Sí, señor, ¿cuál es?

—La armada desea que usted tome el mando de un barco, lo lleve remontando el río Yangtsé y haga observaciones sobre su profundidad. Para esta labor dispondrá del equipo ultrasecreto más moderno.

—Magnífico, señor. ¿Qué clase de barco es?

—Estamos convirtiendo un barco sardinero en un buque de guerra. Será un barco magnífico que cualquiera se enorgullecería en mandar.

—¿Qué clase de cañones tendrá, almirante?

—¿Cómo? ¿Cañones? ¿Qué quiere usted decir?

—Si tengo que remontar el Yangtsé, ¿no tendría que llevar cañones por si alguien me ataca?

—¿Por qué iban a querer atacarle?

—Realmente no veo ninguna razón; simplemente, creía que si se trata de un barco de guerra debería llevar algunos cañones.

—La armada no dispone de cañones sobrantes para instalarlos en todos sus barcos. Además, podría parecer provocativo que usted llevara todo ese equipo secreto, y también cañones.

—Pero suponga que fuera atacado.

—¿Por qué iba a atacarlo nadie? Después de todo, usted estaría simplemente buscando muestras de lodo. Ahora bien, comandante, si no desea la misión, siempre podemos encontrar a cualquier otro...

—¡Oh, no! Deseo llevar a cabo esa misión, almirante, pero también me gustaría saber claramente qué es lo que tengo que hacer.

—Bueno, tenemos todo bien estudiado. Usted saldrá de Formosa hacia Shangai, hace un viraje agudo a la izquierda y se dirige directamente a Nanking.

—¿Es ése todo el plan?

—¿Qué más desea saber?

—No estoy tratando de crear dificultades, almirante, pero podría hallar alguna resistencia por parte de los chinos a mi navegación en el Yangtsé, aunque sea para recoger muestras de lodo.

—Los chinos no se atreverían jamás a atacar un barco de guerra norteamericano. Si lo hicieran, sabrían que tomaríamos represalias inmediatamente.

—Eso me lleva a otra pregunta, señor. En caso de que me dieran el alto, ¿tendría ayuda de otros barcos de guerra?

—Por supuesto. La VI Flota estará lista a prestarle completa protección.

—Pero esa escuadra está en el Mediterráneo...

—Yo sé dónde se halla estacionada. No podemos protegerlo con la VII Flota porque está en aguas de Vietnam; la del Pacífico, en Pearl Harbour, estará de maniobras. De forma que los únicos barcos disponibles son los de la VI Flota. Usted tendría que mantener a raya a sus atacantes hasta que llegara.

—Pero, ¿cómo podría hacerlo?

—Estamos dándoles sables a los oficiales y los marineros tendrán machetes.

—Eso es otra cosa, señor. Creí que íbamos a estar desarmados.

—Si pasa algo, comandante, lo que tiene que hacer es avisarme, y en un momento estaremos allí.

—Es bueno saber que puedo contar con usted, almirante. Supongo que ésta es una pregunta estúpida, pero, ¿hay alguna manera de echar a pique el barco en caso necesario?

—¿Por qué iba usted a desear echar a pique un buen barco de la armada?

—Para que no fueran capturadas las muestras secretas de lodo que tendría a bordo.

—Bueno, no hay que adelantarse a los acontecimientos; supongo que su próxima pregunta se referirá a lo que debe hacer en el caso de ser capturado. ¡Ja, ja, ja! Ese sería un buen chiste, ¿eh? Comandante, usted no se está riendo...

(Copyright 1965, The Washington Post, Co. Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)

LIBROS

El complot de Stauffenberg

Joachim Kramarz

Stauffenberg



Coronel de la Wehrmacht, culto aristócrata, soldado y místico convencido de ser el "ángel exterminador" que salvaría el honor germánico, conspiró y atentó contra Hitler en un golpe audaz que le costó la vida.

GRIJALBO

Los que hemos seguido, no sin apasionamiento, el desarrollo de la segunda guerra mundial, recordamos la sorpresa —y la esperanza en un próximo final de la contienda— que se registró cuando se produjo, en Berlín, el complot del que Stauffenberg fue principal protagonista, y cuyo objetivo fundamental residía en la desaparición de Hitler y en consecuencia —suponían los oficiales y civiles encartados— la terminación del conflicto y la «restauración del honor alemán». Pero Hitler no murió, hubo fallos de gravedad en el planteamiento de la operación, y el resultado último representó un afianzamiento del sistema imperante, que aún resistiría en los campos de batalla casi un año más. El propio Hitler se apresuró, en un discurso pronunciado por radio inmediatamente después del atentado sufrido, del que salió prácticamente ileso, a desacreditar la postura de los rebeldes —parece ser que la oposición, aún viva, los alentaba directamente— para impedir que se fraguara una situación de desmoralización progresiva en un momento decisivo para la guerra. La violencia expresiva que caracterizó todas sus actuaciones públicas llegó, en este momento, a un grado sumo de paroxismo: «Una restringida camarilla de oficiales ambiciosos, desalmados y a la vez neciamente criminales, ha fraguado una conjura para eliminarme y, al mismo tiempo, exterminar al Alto Mando de la Wehrmacht...». Pero hoy sabemos perfectamente que la conspiración abarcaba un amplísimo cuadro de personajes comprometidos con el régimen hitleriano al más alto nivel, incluidos mandos del ejército de la máxima distinción por su acción guerrera, en África y en otros frentes.

Ahora Grijalbo nos ofrece la biografía de este oficial culto, ambicioso, perteneciente a la más pura tradición de la vieja escuela prusiana, muy poco influido por la ideología dominante en su país durante un decenio y que pronto entraría en la hecatombe. Firma la biografía Joachim Kramarz, el cual ha desarrollado una difícil labor, si se tiene en cuenta la falta de documentos acerca del 20 de julio —la conspiración exigía la mayor prudencia en todos los aspectos— y los obstáculos que, transcurrido un tan largo período de tiempo, han de oponerse a quien pretenda desentrañar hechos relacionados con la existencia concreta de un hombre de no excesivo relieve como Stauffenberg. El autor se detie-

ne muy especialmente en el «affaire» final, y completa su obra con una serie de apéndices —fragmentos de ponencias, cartas, etcétera— que contribuyen a situar debidamente en su contexto la figura del biografiado.

Cuentos de Carmen Martín Gaité

Con lentitud, en silencio, Carmen Martín Gaité va desarrollando su obra literaria. «Alianza Editorial» —empresa que, por cierto, acaba de publicar un espléndido «Catálogo de Autores y Temas Españoles e Hispanoamericanos», especialmente destinado a los universitarios de los Estados Unidos preocupados por la problemática de la parcela cultural reflejada en el mismo— acoge ahora su colección de cuentos «El Balneario», entre los cuales figura el de este título que, como se sabe, obtuvo el «Premio Café Gijón», en 1954. Todas las narraciones recogidas en este libro pertenecen a la primera época literaria de la autora —1953-54—, anterior a su «Premio Nadal» (1957), «Entre visillos», novela que confirmaría sus posibilidades creadoras.

Tanto en su novela como en las narraciones cortas que acaba de dar a la imprenta, Carmen Martín Gaité se nos revela como una fidelísima observadora de la realidad cotidiana en sus pequeños matices, en sus aspectos más inadvertidos para quien no posea la sensibilidad de esta mujer, que se vuelve sobre su propio ámbito, sobre su mundo familiar —el mundo de la pequeña burguesía española en un momento concreto— y descubre en sus mínimos hechos significaciones nuevas para el lector. Son historias que transcurren fluidamente, como en un sueño —la cita de Unamuno es elocuente— ofreciéndonos una versión de la realidad exenta de tecnicismos vanguardistas; no hay, pues, innovaciones formales dignas de mención en esta primera Carmen Martín Gaité. Hay sí, un estilo limpio, amorosamente cuidado, dentro de una concepción naturalista del relato literario. Estas historias menudas, apoyadas en general sobre conflictos costumbristas, nada trascendentales, dan la medida de un talento de escritor caracterizado, sobre todo, insistimos, por una aguda sensibilidad puesta al servicio de la captación del detalle que a veces define o redondea una definición. ■ E. G. R.

